

LA TRADUCCIÓN DEL EPODO II DE HORACIO (*BEATUS ILLE*)

Esteban TORRE
Universidad de Sevilla

La traducción de la poesía, en especial si nos referimos a su manifestación más genuina, esto es, el verso, ha logrado conformar una rara unanimidad de criterios por parte de los tratadistas: todos están de acuerdo en que la adecuada traducción -en verso- de un poema es una empresa ciertamente quimérica¹.

La traducción, para ser fiel, tendría que resignarse a ser en todo momento algo de menor calidad, una sombra, un remedo, un mero sucedáneo del auténtico "texto", cuya intangible unicidad quedaría así celosamente salvaguardada. En el caso concreto de los textos latinos, se ha podido escribir que se encuentran separados de nosotros, además, "por milenios de tiempo, que vale como decir, de pensamiento y comportamiento"². Son textos que pertenecen a una lengua en la que "el poeta emplea diez términos diferentes para decir barco, algo así como *trabs, prora, pinus, ratis, nauis, lignum, carina*, etc."³. El problema de la traducción sería, así pues, teóricamente insoluble. Y esto sin tener en cuenta las cuestiones de métrica, de ritmo, de eufonía.

No obstante, en la práctica, las traducciones, las adecuadas traducciones -"bellas" y "fieles" al mismo tiempo-, existen. Un ejemplo muy ilustrativo, perennemente aleccionador, es la traducción del Epodo II de Horacio, cuyo comienzo (*Beatus*, o *Beatus ille*) dio título a la famosa versión poética de Fray Luis de León. Creo que puede ser de utilidad para el lector interesado en la literatura, y en los avatares de su traducción, el ofrecer aquí los textos -el original latino y algunas versiones españolas- que faciliten su estudio comparativo.

1 Me he ocupado por extenso de estos extremos en el libro *Teoría de la traducción literaria*, Madrid, Síntesis, 1994; en especial, en el capítulo 5, "La traducción del verso", págs. 159-207.

2 B. Segura: "El ser de la traducción", en M. Rodríguez-Pantoja (ed.): *La traducción de textos latinos: Cinco estudios*, Córdoba, Universidad, 1998, pág. 14.

3 *Ibid.*, pág. 18.

Es bien sabido cómo el Epodo II de Horacio, redactado hacia el año 37 a.C.⁴, es el más claro exponente de la exaltación de la vida del campo frente a la de la ciudad, presentando una cumplida “alabanza de aldea” que constituye una descripción idílica de las actividades del campesino. Pero, al mismo tiempo, mediante una pincelada irónica en los versos finales, viene a ser también una recia censura contra la actitud vital de aquellos hombres que nunca están contentos con su suerte. No hay que olvidar que la *mempsimoiría*, la “queja contra el destino”, es efectivamente uno de los temas centrales en la obra de Horacio.

“Dichoso aquél -nos dice- que, lejos de los negocios, de los préstamos, de los intereses monetarios, labra con sus propios bueyes el campo que cultivaban sus padres”. Al campesino no le despierta, como al soldado, el toque de la trompeta; ni le aterran, como al comerciante, las tormentas que puedan hacer zozobrar sus naves. Nada tiene que ver con los afanes de la vida pública, ni con los compromisos de la ciudad. Vive feliz, dedicado a las tareas agrícolas, a la caza y a las delicias de un paraje encantador: “Le gusta descansar bajo una vieja encina, o sobre el tupido césped, mientras se deslizan las aguas por sus cauces profundos, los pájaros se quejan en los bosques y las fuentes murmuran en sus manantiales, invitando a una leve somnolencia”⁵.

A las cuitas del amor, desordenado y apremiante, se oponen los atentos cuidados de una mujer pudorosa, *pudica mulier*. Los manjares más exquisitos y exóticos -ostras, escaros, rodaballos, la gallina africana, el francolín de Jonia- son ampliamente superados por una sencilla comida casera, elaborada con productos de la granja, donde no faltarán ni la leche recién ordeñada, ni el buen vino del año, ni las sabrosas aceitunas. Además, el campesino sabe hacer buen uso de las plantas digestivas y medicinales, y su frugalidad no precisará de continuos banquetes, sino que se verá suficientemente saciada con el sacrificio de una cordera en días de fiesta muy señalados, o con el cabrito que se logró rescatar de las fauces del lobo.

Ahora bien, todas estas consideraciones son hechas por un usurero, que parecía estar dispuesto a convertirse en un feliz labrador; pero que, finalmente, vuelve a

4 En fecha, por lo tanto, muy próxima a la del libro segundo de las Geórgicas de Virgilio. Algunos críticos han creído ver precisamente en el Epodo II una parodia de Virgilio, Georg. 2, 458-459: *O fortunatos nimium, sua si bona norint / agricolas...!*, “¡Qué dichosos serían los labradores, si supieran / los bienes que poseen!” Cfr. *Quinti Horatii Flacci opera*, Interpretatione et notis illustravit Ludovicus Desprez, París, Fridericus Leonard, 1691, pág. 430: *Pleraque hujus Odes lumina mutuatus est Horatius a Virgilio Georgic. 2. sub finem*, “Horacio tomó de Virgilio, hacia el final de Georg. 2, la mayor parte de los rasgos estilísticos de esta oda.” En cualquier caso, hay que tener en cuenta la intención de ridiculizar a aquellos que siguen exageradamente los imperativos de la moda. A este respecto, véase G. Boissier: *Horace et Virgile*, París, 1886, págs. 16-25. Pero no parece haber duda sobre la sinceridad de los 66 primeros versos del epodo, expresión de los sentimientos personales de Horacio. Cfr. *Horace: Odes et Epodes*, Texte établi et traduit par F. Villeneuve, París, Les Belles Lettres, 1990, pág. 205.

5 He aquí una perfecta síntesis del “paraje ameno” o *locus amoenus*, tópico literario que constituye, según E. R. Curtius, el motivo central de todas las descripciones de la naturaleza, desde los tiempos del Imperio romano hasta el siglo XVI. Sus elementos esenciales son, justamente, “un árbol [...], un prado y una fuente o arrollo; a ellos pueden añadirse un canto de aves [...]”: *Literatura europea y Edad Media Latina*, 2ª reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1976, pág. 280.

invertir todas sus ganancias en nuevos y usuarios préstamos⁶. He aquí el texto original, que está dispuesto en dísticos, formados por un senario y un cuaternario yámbicos:

- 1 Beatus ille qui procul negotiis,
 ut prisca gens mortalium,
 paterna rura bobus exercet suis
 solutus omni faenore

- 2 neque excitatur classico miles truci
 neque horret iratum mare
 forumque vitat et superba civium
 potentiorum limina.

- 3 ergo aut adulta vitium propagine
 altas maritat populos
 aut in reducta valle mugientium
 prospectat errantis greges

- 4 inutilis que falce ramos amputans
 feliciores inserit
 aut pressa puris mella condit amphoris
 aut tondet infirmas ovis.

- 5 vel cum decorum mitibus pomis caput
 Autumnus agris extulit,
 ut gaudet insitiva decerpens pira
 certantem et uvam purpurae,

- 6 qua muneretur te, Priape, et te, pater
 Silvane, tutor finium.
 libet iacere modo sub antiqua ilice,
 modo in tenaci gramine:

- 7 labuntur altis interim ripis⁷ aquae,
 queruntur in silvis aves

6 Ya Porfirión, comentarista de Horacio en los siglos III-IV, había anotado a propósito del dístico final: Exigit, inquit, a debitoribus pecuniam comparaturus praedia, cogitans scilicet iocunditatem uitae illius, quam in rusticis laudat. Sed rursus stimulatus cupiditate usurarum quaerit eam faenori dare: el usurero Alfio "reclama a sus deudores el dinero para comprar una granja, imaginando la felicidad de esa vida que alaba en los campesinos; pero le vuelve atrás la avaricia, y decide seguir prestando con usura su dinero" (Pomponi Porphyrius Commentum in Horatium Flaccum, Recensuit A. Holder, Hildesheim, 1967 [Innsbruck, 1894], pág. 190).

7 En unos manuscritos, *ripis*; en otros, *riuis*. Cfr. *Q. Horatius Flaccus, Cum notis et emendationibus* Richardi Bentlei, Leipzig, Theophili Georgi, 1764, pág. 312. Como quiera que la escena parece corresponder al *topos* del verano, sería preferible la lectura *altis... ripis*, "entre altas riberas", es decir, "por profundos cauces". Podría también tratarse de "ríos profundos", "ríos caudalosos", *altis... riuis*, en el marco de una eterna primavera, que el poeta situaría en su *locus amoenus*. Cfr. S. J. Heyworth: "Horace's Second Epode", *American Journal of Philology*, Vol. 109, No. 1 (1988), págs. 71-85.

- fontesque lymphis obstrepunt manantibus,
somnos quod invitet levis.
- 8 at cum tonantis annus hibernus Iovis
imbris nivisque conparat,
aut trudit acris hinc et hinc multa cane
apros in obstantis plagas
- 9 aut amite levi rara tendit retia
turdis edacibus dolos
pavidumque leporem et advenam laqueo gruem
iucunda captat praemia.
- 10 quis non malarum quas amor curas habet
haec inter obliviscitur?
quodsi pudica mulier in partem iuвет
domum atque dulcis liberos,
- 11 Sabina qualis aut perusta solibus
pernicis uxor Apuli,
sacrum vetustis exstruat lignis focum
lassi sub adventum viri
- 12 claudensque textis cratibus laetum pecus
distenta siccet ubera
et horna dulci vina promens dolio
dapes inemptas adparet:
- 13 non me Lucrina iuverint conchylia
magisve rhombus aut scari,
siquos Eois intonata fluctibus
hiems ad hoc vertat mare,
- 14 non Afra avis descendat in ventrem meum,
non attagen Ionicus
iucundior quam lecta de pinguissimis
oliva ramis arborum
- 15 aut herba lapathi prata amantis et gravi
malvae salubres corpori
vel agna festis caesa Terminalibus
vel haedus ereptus lupo.
- 16 has inter epulas ut iuvat pastas ovis
videre properantis domum,
videre fessos vomerem inversum boves
collo trahentis languido

17 positosque vernas, ditis examen domus,
circum renidentis Lares.

18 haec ubi locutus faenerator Alfius,
iam iam futurus rusticus,
omnem redegit idibus pecuniam,
quaerit kalendis ponere⁸.

Una buena traducción española, no sólo desde el punto de vista de la fidelidad filológica, sino también en lo que concierne a la limpieza del estilo, es la siguiente versión de V. Cristóbal López:

1. Dichoso aquél que, lejos de ocupaciones, como la primitiva raza de los mortales, labra los campos heredados de su padre con sus propios bueyes, libre de toda usura,
2. y no se despierta, como el soldado, al oír la sanguinaria trompeta de guerra, ni se asusta ante las iras del mar, manteniéndose lejos del foro y de los umbrales soberbios de los ciudadanos poderosos.
3. Así pues, ora enlaza los altos álamos con el crecido sarmiento de las vides, ora contempla en un valle apartado sus rebaños errantes de mugientes vacas,
4. y amputando con la podadera las ramas estériles, injerta otras más fructíferas, o guarda las mieles exprimidas en ánforas limpias, o esquila las ovejas de inestables patas.
5. O bien, cuando Otoño ha levantado por los campos su cabeza engalanada de frutos maduros, ¡cómo goza recolectando las peras injertadas y vendimiando la uva que compite con la púrpura,
6. para ofrendarte a ti, Príapo, y a ti, padre Silvano, protector de los linderos! Agrádale tumbarse unas veces bajo añosa encina, otras sobre el tupido césped;
7. corren entretanto las aguas por los arroyos profundos, los pájaros dejan oír sus quejas en los bosques y murmuran las fuentes con el ruido de sus linfas al manar, invitando con ello al blando sueño.

⁸ Q. Horatius Flaccus: Opera (Carmina, Epodi), ed. F. Klingner, Leipzig, Teubner, 1959. Para la numeración, he seguido la usual disposición de las odas de Horacio en estrofas de cuatro versos, con excepción del antepenúltimo dístico, que aparece aislado, clausurando la descripción idílica y precediendo a la ironía de la estrofa final.

8. Y cuando la estación invernal de Júpiter tonante apresta lluvias y nieves, ya acosa por un sitio y por otro con sus muchas perras a los fieros jabalíes hacia las trampas que les cierran el paso,
9. ya tiende con una vara lisa sus redes poco espesas, engaño para los tordos glotones, y captura con lazo la tímida liebre y la grulla viajera, trofeos que le llenan de alegría.
10. ¿Quién, entre tales deleites, no se olvida de las cuitas desdichadas que el amor conlleva? Y si, por otra parte, una mujer casta, cumpliendo con su oficio, atiende la casa y a los hijos queridos
11. -como la sabina o la esposa, abrasada por el sol, del ágil ápulo-, enciende el fuego sagrado del hogar con leños secos un poco antes de que llegue su fatigado esposo
12. y, encerrando la bien nutrida grey en la empalizada del redil, deja enjutas sus ubres repletas; si, sacando vino del año de la dulce tinaja, prepara manjares no comprados,
13. no serán más de mi gusto las ostras del lago Lucrino, o el rodaballo o los escaros -si tronando la tempestad en las olas orientales desvió algunos hacia este mar-,
14. ni el ave africana ni el francolín jónico caerán en mi estómago más placenteramente que la aceituna recogida de las ramas más cargadas de los olivos,
15. o la hoja de la acedera, amante de los prados, o las malvas salutíferas para el cuerpo enfermo; o que la cordera sacrificada en las fiestas Terminales, o que el cabrito arrancado al lobo.
16. Entre estos manjares, ¡qué gusto da contemplar las ovejas que vuelven rápidas al aprisco después del pasto, contemplar los bueyes cansados arrastrando con su cuello lánguido el arado vuelto del revés,
17. y los esclavos, enjambre de la fecunda casa, colocados en torno a los Lares relucientes!
18. Cuando el usurero Alfio hubo así discursado, dispuesto a convertirse de inmediato en labrador, recogió en los Idus todo su dinero, decidido a renovar sus préstamos en las Calendas⁹.

Es obvio que una traducción española -en prosa- del poema horaciano supone siempre una labor útil y meritoria. Es, por supuesto, absolutamente necesaria para

⁹ Horacio: Epodos y Odas, Traducción, introducción y notas de V. Cristóbal López, Madrid, Alianza, 1990. La numeración de los párrafos corresponde a la de las estrofas del original latino.

aquellos lectores que desconozcan por completo la lengua latina. Para ellos, esa traducción puede representar la única forma de acceso al original. Pero lo que así se recibe ya no es un poema. Es tan sólo un documento, que nos transmite meras formas del contenido. El valor monumental, artístico, del texto queda totalmente difuminado.

Veamos, en contraste con el aspecto simplemente informativo de la traducción en prosa, otra manera de acercarnos al texto original. Como quiera que se trata de un texto que está escrito, precisamente, y no por azar, en verso, un principio básico de fidelidad en la traducción podría consistir en la elaboración de un nuevo texto que también, y ante todo, fuera un poema, inexcusablemente redactado en verso. Ésta fue la actitud de Fray Luis de León cuando se propuso traducir “de otras lenguas, de autores assí profanos como sagrados [...], sin añadir ni quitar sentencia” y procurando “guardar quanto es possible las figuras del original y su donayre, y hazer que hablen en castellano y no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales”¹⁰. Y así fue como procedió en su versión del Epodo II de Horacio, el célebre *Beatus ille*¹¹. Sustituyó Fray Luis los senarios por endecasílabos, y los cuaternarios por heptasílabos, enlazados ambos por rima consonante cruzada, con el remate de un pareado final:

- 1 Dichoso el que de pleytos alexado
qual los del tiempo antigo,
labra sus heredades no obligado¹²
al logrero enemigo.

- 2 Ni el arma en los reales le despierta,
ni tiembla en la mar brava,
huye la plaça y la sobervia puerta
de la ambición esclava.

- 3 Su gusto es, o poner la vid crecida
al álamo ajuntada,
o contemplar quál pace, desparcida,
el valle su bacada¹³.

¹⁰ Fray Luis de León: "Dedicatoria", en *Poesías completas*, Edición de C. Cuevas, Madrid, Castalia, 1998, pág. 83.

¹¹ Sigo el texto de la citada edición de C. Cuevas. Son bien conocidas las analogías, y los contrastes, entre el *Beatus ille* y la Oda I de Fray Luis: "¡Qué descansada vida / la del que huye el mundanal ruido / y sigue la escondida / senda..." Sobre el código expresivo y metafórico de la poesía mística en el que se inserta la "escondida senda", cfr. R. Senabre: "La 'escondida senda' de Fray Luis", en *Tres estudios sobre Fray Luis de León*, Salamanca, Universidad, 1978, págs. 7-36. Por lo que respecta al tratamiento de la sustancia fónica en la poesía de Fray Luis, véase, de este mismo autor, "Aspectos fónicos en la poesía de Fray Luis: voces y ecos", en V. García de la Concha (ed.): *Academia Literaria Renacentista. I. Fray Luis de León*, Salamanca, Universidad, 1981, págs. 249-269.

¹² En las Anotaciones del Brocense, *no obligado*. En la edición princeps de Quevedo, *olvidado*.

¹³ En "pace, desparcida, el valle su bacada", pace es verbo transitivo, siendo el valle complemento directo. La edición de G. Mayans y Siscar de 1785 (que reproduce la de 1761) ofrece la siguiente lectura: "pace, desparcida al valle, su vacada". Aquí pace es verbo intransitivo. Véase *Obras propias i traducciones de latín, griego i toscano, con la paráphrasi de algunos Salmos y capítulos de Job*, Valencia, Joseph y Thomás de Orga, 1785, págs. 167-168.

-
- 4 Ya poda el ramo inútil, y ya ingiere
en su vez el estraño;
o castra sus colmenas o, si quiere,
tresquila su rebaño.
- 5 Pues quando el padre Otoño muestra fuera
su cabeça galana,
¡con cuánto gozo coge la alta pera,
y ubas como grana!
- 6 Y a ti, sacro Silvano, las presenta,
que guardas el exido;
debaxo un roble antiguo ya se sienta,
ya en el prado florido.
- 7 El agua en las hazequias corre, y cantan
los pájaros sin dueño;
las fuentes, al mormullo que levantan,
despiertan dulce sueño.
- 8 Y ya que el año cubre campo y cerros
con nieve y con eladas,
o lança el javalí con muchos perros
en las redes paradas,
- 9 o los golosos tordos, o con liga
o con red engañosa,
o la estrangera grulla en laço obliga,
que es presa deleitosa.
- 10 Con esto, ¿quién del pecho no desprende
quanto en amor se passa?
¿Pues qué, si la mujer honesta atiende
los hijos y la casa,
- 11 qual haze la sabina o calabresa,
de andar al sol tostada;
y, ya que viene el amo, enciende apriesa
la leña no mojada,
- 12 y ataja entre los çarços los ganados,
y los ordeña luego
y pone mil manjares no comprados,
y el vino como fuego?
-

- 13 ni me serán los rombos más sabrosos,
ni las ostras, ni el mero,
si algunos, con levantes furiosos,
nos da el invierno fiero.
- 14 Ni el pabo caerá por mi garganta,
ni el francolín greciano,
más dulce que la oliva que quebranta
la labradora mano,
- 15 la malva o la romaça enamorada
del vicioso prado,
la oveja en el disanto degollada,
el cordero quitado
- 16 al lobo. Y mientras como, ver, corriendo,
quál las ovejas vienen,
ver del arar los bueyes que bolviendo
apenas se sostienen,
- 17 ver de esclavillos el hogar cercado,
enxambre de riqueza.
- 18 Ansí, dispuesto un cambio y¹⁴ al arado
loava la pobreza;
ayer puso en sus ditas todas cobro;
mas oy ya torna al logro.

Se le ha reprochado a Fray Luis, basándose en la autoridad de Menéndez Pelayo, que, en su afán por imitar el metro horaciano, alguna estrofa sea oscura, otra incompleta¹⁵. Don Marcelino, efectivamente, llega a afirmar que “en sus versiones, propiamente dichas, abundan los versos flojos, las frases desmayadas, y aun las torcidas inteligencias del sentido”¹⁶. Aunque, más adelante, encomia la exquisita poesía que se desprende de cualquiera de sus audacias de lenguaje: “Léase con especial atención el *Beatus ille*. Para quien tiene ojos y alma, cada palabra del traductor es una revelación. Otro cuente los versos duros y las rimas falsas; por mi parte, aseguro que nunca llegaremos los españoles a penetrarnos del sabor de lo antiguo, hasta que rompamos con la traducción altisonante y académica [...] de los Quintanas y Gallegos, y aprendamos a estimar el tesoro que tenemos enterrado en nuestro más grande y menos entendido poeta”¹⁷.

14 En la citada edición de Mayans, en lugar de y aparece ya.

15 Cfr. C. Á. Zorita: "Fray Luis, traductor de Horacio", en C. Morón Arroyo y M. Revuelta Sañudo (eds.): *Fray Luis de León. Aproximación a su vida y su obra*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1989, págs. 281-310.

16 M. Menéndez Pelayo: *Odas de Q. Horacio Flaco traducidas e imitadas por ingenios españoles*, Barcelona, Biblioteca "Artes y Letras", 1908, pág. V.

17 *Ibid.*, págs.V-VI. Es exacta reproducción de lo ya publicado en *Horacio en España*, tomo I, Madrid, Colección de Escritores Castellanos, 1885, pág. 23.

Como “rima falsa” puede considerarse la del pareado final, *cobro* y *logro*, que, en todo caso, está basada en una estrecha proximidad fonética¹⁸. No nos detendremos en esto, ni tampoco en el análisis de los supuestos versos oscuros, flojos, duros o torcidos de las traducciones luisianas. Ya hizo ver R. Senabre “el carácter experimental y, a la vez, probatorio que tienen para Fray Luis sus traducciones”¹⁹. Y, de sus versos originales, ha podido justamente decirse que “bullen en reminiscencias latinas”²⁰, con un lenguaje poético que se encuentra ya prefigurado en los motivos y figuras de sus traducciones de autores clásicos, latinos y griegos²¹. Conviene, en cambio, precisar hasta qué punto se puede considerar como *incompleta* la traducción luisiana del Epodo II.

Por lo pronto, hay que dejar constancia de que, en esencia, ni se añade ni se quita nada al original latino. Verso por verso, existe una exacta correspondencia entre el modelo y su traducción. Hay, justo es decirlo, algunas omisiones. Veamos las más llamativas. En la primera estrofa, se omiten “sus propios bueyes” (*bobus suis*); en la tercera, el “mugir” de las vacas (*mugientium*); en la cuarta, los “limpios cántaros” (*puris amphoris*), en la novena, la “tímida liebre” (*pavidum leporem*). De los dioses agrestes “Príapo” y “Silvano”, que aparecen en la sexta estrofa, sólo a este último se menciona. En la estrofa decimotercera, no se especifica que las elogiadas ostras son las del lago “Lucrino”; y en la decimoquinta, “las fiestas Terminales” (*festis Terminalibus*) pasan a ser el “disanto”, es decir, día santo o festividad religiosa, omitiéndose toda referencia al dios Término, que comparte con Silvano la protección de los bosques y linderos. Incluso el nombre del relator, el usurero “Alfio”, ha sido eliminado en el penúltimo dístico, y en su lugar se hace mención de “un cambio”, esto es, un cambista, un prestamista.

En suma, nada verdaderamente esencial ha sido pasado por alto en el *Beatus ille* de Fray Luis. Es más, la introducción de la rima es una dificultad adicional, superada hábilmente por la asombrosa traducción luisiana, que, además de sencilla y melodiosa²², es técnicamente impecable.

Y, sin embargo, el tono general del discurso resulta ser algo más difuminado y abstracto que en el texto horaciano. El afortunado campesino, a quien se ensalza en el poema, “labra sus heredades”; pero desaparece, *verbi gratia*, la imagen concreta de los “bueyes” (*bobus*) laborando con ahínco los “campos paternos” (*paterna rura*). La pincelada de paz y de sosiego con la que se describe, en la estrofa decimosexta, “el contemplar los bueyes cansados, arrastrando con su cuello lánguido el arado vuelto del

18 Casos similares pueden encontrarse en el diccionario de rimas de la más estricta preceptiva literaria del siglo XVI. Cfr. J. Díaz Rengifo: *Arte poética española* (1592), ed. facsímil, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1977.

19 R. Senabre: Fray Luis de León: Poesías completas. Escuela salmantina: *Antología*, Edición e introducción, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, pág. 20.

20 F. Lázaro Carreter: “Fray Luis de León y la clasicidad”, en V. García de la Concha y J. San José Lera (eds.): *Fray Luis de León (Historia, humanismo y letras)*, Salamanca, Universidad, 1996, pág. 23.

21 L. Schwartz: “Las traducciones de textos griegos de fray Luis y su contexto humanista”, en V. García de la Concha y J. San José (eds.): *Ob. cit.*, pág. 527.

22 La tersura de los versos de Fray Luis hizo exclamar a Dámaso Alonso “qué aroma rural hispánico sale de sus palabras!, ¡qué bien enraizadas están en la tradición española!”: “Notas sobre Fray Luis de León y la poesía renacentista”, en *Obras completas*, II, Madrid, Gredos, 1973, págs. 771-772.

revés” queda más recortada y más tensa en el texto de Fray Luis: “ver los bueyes que, volviendo del arar, apenas se sostienen.”

En la estrofa final, las divergencias son aún mayores. Vayamos al texto de Horacio: “Cuando dijo estas cosas el usurero Alfio” (*haec ubi locutus faenerator Alfius*), que “enseguida” (*iam iam*) “iba a convertirse en un campesino” (*futurus rusticus*)... El ánimo del oyente, del lector, queda en suspenso. Pero sólo se trataba de una broma. El usurero seguirá siendo, irremediablemente, un usurero: “recogió todo su dinero en los Idus” (*omnem redegit idibus pecuniam*) y ya “intenta volver a prestarlo en las Calendas” (*quaerit kalendis ponere*). Volvamos ahora al texto de Fray Luis. Evidentemente, el esguince, la ironía, el guiño del original se han desvanecido. Un seco “ansí” sustituye a todo el primer verso. Por otra parte, las exigencias de la rima han impuesto una cláusula añadida: “loaba la pobreza”. Esquemática, descarnadamente, se nos dice que es un usurero, “un cambio”, quien alaba las excelencias de la vida rural, “dispuesto y [=¿ya?]”²³ al arado”. Aunque puede pensarse que hay aquí un hipébaton violento²⁴ (“y dispuesto al arado”), creo más bien que la “y” tiene un valor adverbial, enfático y latinizante: “ciertamente”, “también”, “incluso”. En cualquier caso, es claro que el “cambio” estaba “dispuesto” a dedicarse “al arado”, esto es, a convertirse en un labrador. Pero, después, decide seguir prestando con usura (“dar a logro”) todo el dinero que había cobrado de sus anteriores “ditas” o préstamos.

El sentido global es el mismo en el texto original de Horacio y en el texto traducido de Fray Luis. Pero lo que recibe el lector, en uno y en otro texto, es algo muy diferente. ¿Quiere esto decir que sería preferible renunciar a la traducción en verso y contentarse con una correcta versión en prosa? En modo alguno. El *Beatus ille* de Fray Luis cumplió plenamente en su momento histórico el papel de insertar en la literatura de los Siglos de Oro aquel monumento vivo de la Antigüedad clásica. Tanto sus obras propias como sus traducciones formaron un todo indisoluble: los poemas traducidos pudieron, en verdad, ser recibidos como tales poemas, y no meramente como un desvaído sucedáneo del original.

La traducción luisiana del epodo II ha de ser considerada, en definitiva, como una versión *completa* y adecuada del original horaciano. Lo que ocurre es que, si tenemos en cuenta que una frase latina requiere generalmente más palabras -y, por lo tanto, más sílabas- en su versión española, Fray Luis, al convertir los senarios y los cuaternarios en endecasílabos y heptasílabos -el nuevo metro, el instrumento de la lira-, disponía de menos sílabas, de menos palabras; y hubo de verse, necesariamente, obligado a *comprimir* su texto, renunciando a traducir algunos términos. Fácil empresa, desde la perspectiva de los tiempos actuales, hubiera sido el recurrir a metros más holgados, reservando, por ejemplo, el endecasílabo para los versos cortos, pares (cuaternarios); y vertiendo los versos largos, impares (senarios), en los moldes del verso alejandrino. Pero, en el siglo XVI, era impensable que Fray Luis pudiera acudir a una forma métrica que, salvo apariciones esporádicas²⁵, estaba totalmente olvidada.

23 *Vid.* nota 14.

24 Cfr. C. Cuevas: *Ob. cit.*, pág. 319.

25 Aparece, por ejemplo, el alejandrino en la Diana enamorada de Gil Polo (cfr. A. Marasso: "Ensayo sobre el verso alejandrino", *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, VII, 1939, págs. 63-127), o en la poesía popular, mezclado con versos distintos, en la poesía de metro fluctuante (cfr. P.

Carecería hoy de sentido el tratar de establecer unas pautas fijas para la traducción castellana de los metros latinos; pero sí constituye un tema de vigente debate aquel que plantea si la traducción del verso debe hacerse en verso, o en prosa. Parece evidente que la traducción en prosa del verso supone, de entrada, una expresa renuncia a la fiel reproducción de los valores estéticos del original. Como certeramente apunta el profesor y traductor A. Alvar Ezquerra, es siempre preferible una disposición "versificada"²⁶, esto es, en líneas que al menos asemejen versos. Y mejor aún es, sin duda, el empleo de auténticos versos -no ya meramente de líneas con apariencia de tales- que se adecúen a las exigencias de la poética española contemporánea. La traducción que propongo, fiel en cuanto ha sido posible a la letra del texto original, es la siguiente:

- 1 Dichoso aquél que vive, lejos de los negocios,
como la antigua grey de los mortales;
y, con sus propios bueyes, labra el campo paterno,
libre del interés y de la usura.
- 2 No le despierta el fiero toque de la trompeta,
ni le aterra la mar embravecida;
y esquiva el foro público, y el umbral altanero
de las aristocráticas mansiones.
- 3 Enlaza, sabiamente, los elevados álamos
con el pujante brote de las vides;
o, en apartado valle, vigila los rebaños
de las reses que mugen y campean;
- 4 o poda con su hoz las inútiles ramas,
trasplantando las más reverdecidas;
o pone en limpios cántaros las estrujadas mieles,
o trasquila a las tímidas ovejas.
- 5 Y cuando alza el otoño su cabeza en los campos,
ornada con los frutos más suaves,
¡cómo goza cogiendo las injertadas peras
y unas uvas más rojas que la púrpura
- 6 para obsequiarte a ti, Príapo, y a ti, Padre
Silvano, protector de sus linderos!
Le gusta descansar bajo la vieja encina,
o en el tupido césped de algún prado;

Henríquez Ureña: "Sobre la historia del alejandrino", en *Estudios de versificación española*, Buenos Aires, Universidad, 1961, págs. 349-359).

26 A. Alvar Ezquerra: "Introducción general" a Décimo Magno Ausonio: *Obras*, t. I, Madrid, Gredos, 1990, pág. 187.

-
- 7 mientras, las aguas corren por sus cauces profundos,
los pájaros se quejan en los bosques
y las fuentes murmuran en sus manantiales,
invitando a una leve somnolencia.
- 8 Y cuando el crudo invierno de Júpiter tonante
aguaceros y nieve nos depara,
empuja hacia las redes con una gran jauría,
de aquí y de allá, a los fieros jabalíes;
- 9 o extiende claras mallas con una breve pértiga
para atrapar a los voraces tordos;
o a la asustada liebre, y a la emigrante grulla,
apresa con el lazo como un triunfo.
- 10 Con todas estas cosas, ¿quién hay que no se olvide
de las penosas cuitas del amor?
Es más, si una mujer, atenta y pudorosa,
cuida su casa y a sus dulces hijos,
- 11 y, cual una sabina, curtida por el sol
como la esposa de un veloz apulio,
pone los troncos secos en el fuego sagrado
a la llegada del cansado esposo,
- 12 y, encerrando el ganado en trezados apriscos,
deja vacías las repletas ubres,
y, sacando del ánfora más preciada el buen mosto,
le prepara manjares no comprados,
- 13 entonces no querrá las ostras del Lucrino,
ni los escaros, ni los rodaballos,
aunque los arrojaran a nuestros propios mares
las tormentas que braman en Oriente;
- 14 ni llenarán su vientre las aves africanas,
ni el delicado francolín de Jonia,
ni serán más sabrosos que la fruta escogida
de las cuajadas ramas del olivo,
- 15 o plantas de acedera, que crecen en los prados,
y malvas, sanas para el cuerpo enfermo,
o el cordero que inmolan las fiestas Terminales,
o un tierno chivo arrebatado al lobo.
- 16 Con esta rica cena, ¡qué grato es contemplar
a las ovejas retornando a casa,
-

a los pausados bueyes arrastrando el arado
-puesto al revés- con su cansino cuello,

17 y a los esclavos, signo de una rica familia,
alrededor de los radiantes Lares!

18 Cuando dijo estas cosas el usurero Alfio,
que desde ahora un labrador sería,
tomó todo el dinero que recogió en los Idus
y lo prestó de nuevo en las Calendas.

Cada verso de la traducción equivale a un verso del original, sin añadir ni quitar nada, sin alterar el sentido general del texto ni la eufónica intencionalidad de cada una de sus cláusulas. Se han vertido los dísticos en los moldes métricos de la lengua española con un ritmo endecasilábico, de tal modo que el verso senario se sustituye por un alejandrino, esto es, un tetradecasílabo, compuesto por dos hemistiquios heptasilábicos, y el cuaternario por un endecasilabo. Sirvan estas líneas y esta versión de rendido homenaje al Epodo II de Horacio y al *Beatus ille* de Fray Luis.